

que los de ésta poseen una profundidad y belleza supremos. Por lo tanto, lo que se debía hacer era revivificar lo que les habían legado sus ancestros, y unificar bajo este ideal a la raza germana. Para apoyar sus aseveraciones Rosenberg cita a Leibniz, Goethe y Herder.

Rosenberg prosigue con sus diatribas contra el "oscurantismo" y el sentimiento de culpa de la religión cristiana (la "negativa"). Y por contrapartida ensalza a la religión cristiana aria (la "positiva"), dice que los conceptos fundamentales de la última son el honor y el amor, y que la divinidad del alma es equiparable con Dios.

Rosenberg observa horrorizado "la materialización y atomización" del arte, debido fundamentalmente a dos factores: la era industrial y la participación de los judíos dentro del mismo. Afirma que lo anterior debe combatirse con la creación de un arte *volk-mythus* atemporal, el cual debería seguir los lineamientos del arte germano genuino. Identifica a la belleza con lo ario y a lo antiestético con lo judío. Rosenberg evidencia y alaba las virtudes del pueblo alemán representadas por sus grandes hombres: en Beethoven la fortaleza, en Wagner la sublimidad de la voluntad, en Goethe el ideal equilibrio entre actividad y disciplina, en Nietzsche el valor intelectual y la consigna de acabar con todo lo inferior a la raza aria. Ya con estos antecedentes sería más fácil para el pueblo alemán continuar o revalidar su tabla de valores. Pero para la obtención de ella Rosenberg ponía como condición *sine qua non* el mantenimiento de la pureza de la raza germana; no debía aceptar el mestizaje cultural o de cualquier especie. De esta manera Rosenberg logra que se excluya el expresionismo de la revolución cultural nazi.

El arte del pueblo germano, en síntesis, debería surgir de la revolución espiritual, tomando muy en cuenta la experiencia legada por sus antecesores.

Ahora bien, el principal obstáculo para la consecución de estas metas era el judío. Éste, según Rosenberg, era el diablo; el ser más abyecto de la creación; el enemigo acérrimo del pueblo ario; el que había materializado y comercializado el teatro y el cine, volviéndolo "criminal y moralmente degenerado". El judío era, en conclusión, al que había que exterminar.

El odio de Rosenberg contra el judío lo llevó a negar y despreciar la obra de personajes tan célebres como Spinoza y Marx. Y aún más, afirma que "ni siquiera una simple idea creadora ha surgido del cerebro del judío; el judío jamás ha sido un descubridor de caminos".

Ya señalados los procedimientos que tenía que seguir el pueblo alemán para su reunificación y advenimiento; ya identificado el enemigo al que había que acabar, sólo faltaba a Rosenberg deificar la figura del líder y subrayar la importancia del régimen nazi. Rosenberg utiliza argumentos míticos e históricos *ad hoc*. Recuerda que siempre ha habido en el pueblo germano una gran admiración para sus líderes y que jamás ninguno de sus príncipes hubo de ser derrocado. Y que el nacionalsocialismo era el representante único de la sangre y el carácter del *volk*.

El libro del que ahora nos ocupamos forma parte de la serie: *Raíces de la Derecha* de la Editorial Extemporáneos. Es una compilación de las obras más significativas de Alfred Rosenberg, realizada por Robert Pois quien es profesor aso-

ciado de historia de la Universidad de Colorado. Esta obra es recomendable para los estudiosos de política, filosofía, psicología, sociología e historia.

Francisco José Muro González

VAN DEN BERGHE, Pierre L. *Problemas raciales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, 275 pp.

En el principio de su libro, que resulta ameno y didáctico, el autor se siente obligado a justificar la elección de un tema sobre el cual existe una voluminosa literatura, diciendo que su interés está en sugerir un nuevo enfoque del mismo.

En el primer capítulo, que él llama "Introducción", analiza los enfoques tradicionales del racismo y de las relaciones interraciales, pretendiendo demostrar fundamentalmente que mientras algunos de ellos son sólo parcialmente verdaderos, otros se dedican a enfocar estos fenómenos con una barrera impuesta por la disciplina de su especialidad, quedando, por tanto, dichos enfoques incompletos. Además de la crítica a los enfoques tradicionales introduce nuevos conceptos y formula una tipología, y en cierta forma, un modelo específico.

Los siguientes cuatro capítulos los dedica a analizar estos problemas en cuatro sociedades, en cuyo análisis aplica su modelo: México, Brasil, Estados Unidos y Sudáfrica. Se auxilia de una perspectiva histórica para explicar la génesis, desarrollo y estado actual de las relaciones interraciales en ese país, y crítica precisamente la falta de perspectiva histórica y comparativa que hay en la mayoría de estudios sobre esos temas.

Los últimos dos capítulos los dedica a una comparación analítica sobre el fenómeno en las cuatro sociedades, marcando las diferencias y similitudes entre ellas, y a relacionar la existencia y tipo de relaciones interraciales de acuerdo al nivel de *pluralismo* en esas sociedades (da una acepción de "pluralismo", diferente a la comúnmente utilizada).

Entre las críticas más importantes que realiza contra el estudio de las relaciones interraciales, está el poco grado de integración teórica, que han tenido con el resto de la sociología y otras ciencias sociales, y el haber aislado a la raza del contexto social general al que pertenece.

Asevera el autor que tradicionalmente este campo ha estado dominado por el enfoque funcionalista, que ha definido el problema de la raza como "un asunto de integración y asimilación de minorías por la corriente principal de una sociedad basada en el consenso" (p. 22). Se ha interpretado el problema como un dilema moral, en lugar de ser visto como un conflicto de dinámica de grupo que resulta de una desigualdad en la distribución de la riqueza, del poder y de otras gratificaciones sociales. Un ejemplo que desmiente el primer diagnóstico es el de grupos negros en Estados Unidos que, en lugar de luchar por la integración y el consenso, se han desviado cada vez más a una ideología e identidad de grupo y de conflicto.

Ofrece una completa definición de racismo en el siguiente sentido: "Racismo es todo conjunto de creencias en que las

diferencias orgánicas transmitidas por la vía genética entre los grupos humanos, están intrínsecamente asociadas con la presencia o ausencia de ciertas capacidades o características de gran importancia social y, por lo tanto, en que tales diferencias son una base legítima para establecer distinciones injustas entre los grupos definidos socialmente como razas" (p. 29).

El autor hace una importante distinción entre etnocentrismo y racismo, que tienden a confundirse, argumentando que la primera es más extendida y antigua, y aunque el racismo implica etnocentrismo no se da la relación inversa. En relación a la génesis del racismo, está parcialmente de acuerdo con las explicaciones que se han dado: El racismo era consecuente con las formas de explotación capitalista y con el esclavismo; sin embargo esclavitud y colonialismo existieron sin un importante desarrollo del racismo, por lo que el surgimiento no puede explicarse solamente en virtud de la existencia de colonialismo y esclavismo. El racismo era también consecuente con la nueva corriente darwiniana y las ideas de supervivencia del más apto. El *laissez faire* de la época, concebido como un principio liberal, fue interpretado en el sentido de que nadie debía intervenir en ninguna forma para evitar la desigualdad y el sufrimiento, ya que éstos eran consecuencias de desarrollos naturales en los que los hombres no podían ni debían intervenir.

Dedica algunas páginas a lo que él llama "psicopatología del racismo", y a las relaciones entre racismo y personalidad. La psicología explica el racismo y la discriminación a través del prejuicio y de las teorías de la frustración-agresión y de la "personalidad autoritaria", bastante conocidas y manejadas. Sin embargo, sostiene que a pesar de la existencia de abundantes pruebas experimentales, clínicas y de encuesta que apoyan ambas teorías, tienen éstas serias limitaciones. Atribuye más importancia al medio social que a la personalidad, ya que, por ejemplo, en un lugar (como Sudáfrica) donde la intolerancia racial es constantemente recompensada socialmente, la mayoría de los miembros del grupo dominante mostraron los mismos prejuicios y discriminación, "casi independientemente de los factores de su personalidad" (p. 44). Desde luego que en una sociedad tal, los más virulentos atacantes se reclutarán entre los autoritarios, mientras que las personas que pudieran ser tolerantes practiquen la discriminación por hábito y conformidad social sin tener propiamente el prejuicio.

La importancia del determinismo social en el surgimiento y mantenimiento o cambio del prejuicio, es digna de tomarse en cuenta. Cita por ejemplo un estudio donde se demostró que el grado de prejuicio antinegro de los blancos del sur, mayor al de los blancos del norte, no se debía, a las diferencias en autoritarismo de ambos grupos. De la misma manera, un individuo considerado "tolerante", al trasladarse a un medio social que apoyaba la intolerancia, asimilaba los prejuicios de ese medio; o bien personas con prejuicios se volvían tolerantes en un medio que no admitía el racismo. Si bien el racismo puede ser un síntoma de problemas psicológicos enraizados, en una sociedad racista el prejuicio racial es sólo una justificación conveniente para una conducta que les resulta ventajosa. Así, la "sociopatología" del racismo resultaría ser un problema diferente y de mucho mayores di-

mensiones que su psicopatología, que sólo lo explica parcialmente.

Pasa posteriormente a sugerir que la raza sea considerada por los sociólogos como un "criterio especial de estratificación" más rígido que una estratificación basada en las diferencias culturales de los grupos o las clases. Las relaciones interraciales, además, comparten las características de otros sistemas de estratificación, y en ocasiones influyen simultáneamente con otros determinantes de una posición injusta. De la raza, con este criterio, afirma que se trata de "un caso extremo de atribución de una posición, sin que puedan hacerse excepciones entre sus miembros". El estudio de las razas en el contexto de las sociedades totales reviste, pues, una gran importancia ya que "subraya las estructuras sociales, los procesos y conflictos de manera más aguda que otros ejemplos de estratificación social". (p. 53)

Deriva su tipología de las interrelaciones raciales, estudiando diversas sociedades con tradiciones culturales diferentes, que desarrollan relaciones interraciales similares, y a la vez observando que los cambios cualitativos en estas relaciones coinciden con cambios estructurales de la sociedad en general. Así, asevera que: "Los aspectos básicos de la estructura social producen un grado considerable de determinismo en el tipo corriente de relaciones interraciales." (p. 56)

Sugiere dos tipos claves para el estudio de estas relaciones a los que llama: "paternalista" y "competitivo", que tienen más o menos las siguientes características:

a) *Sistema paternalista*. Este tipo de relaciones interraciales es característico de sociedades complejas, pero aún preindustriales, donde las bases de la economía son fundamentalmente la agricultura y la producción artesanal. La minoría dominante (a menudo menos del 10%) se relaciona con los subordinados en forma de un "despotismo benevolente". Considera a éstos como: pueriles, inmaduros, incautos, joviales, etcétera, o sea: "inferiores pero amables" siempre que conserven su lugar. Los subordinados han internalizado estas pautas y se someten a la protección de los dominadores.

Existe paralelamente una gran distancia social, sancionada con toda una etiqueta compleja, que incluye maneras no recíprocas de relacionarse y varias exteriorizaciones de inferioridad por parte del grupo subordinado. Paralelamente a esta gran distancia social, se permite una gran simbiosis y aun varias formas de intimidad (como por ejemplo el concubinato institucionalizado entre un varón dominante y una mujer del grupo subordinado); esto, lejos de poner en peligro la desigualdad, la refuerza.

b) *Sistema competitivo*. Representa exactamente lo contrario del anterior. Se da fundamentalmente en sociedades industrializadas con una compleja división del trabajo. El grupo dominante no es tan minoritario como en el caso anterior, pudiendo llegar a constituir una mayoría. Dentro de cada uno de los grupos, o "castas", como los llama el autor, hay una mayor cantidad de posiciones de clase, mientras que la distancia entre las castas en lo relativo a ingresos, ocupación, forma de vida, etcétera, suele disminuir.

Con la más compleja división del trabajo, ciertos criterios de selección desplazan ocasionalmente a las normas de atribución por raza. Surge de esta manera una "competencia" entre ciertos sectores de la clase dominada y la clase obrera

del grupo dominante. Al disminuir la distancia social, se requiere de la "segregación física", para de alguna forma conservar la situación del grupo dominante. Disminuye el cruce de razas en frecuencia y la imagen del grupo subordinado cambia de pueril, inmadura, bonachona a la de "competidores, insolentes, arrogantes, clandestinos", que tratan de apoderarse de los recursos y que ponen en peligro el statu quo. La separación racial se expresa ahora mediante una segregación a nivel ecológico y mediante la duplicación de las instituciones del grupo dominante (organizaciones eclesiásticas, educativas, recreativas, etcétera, paralelas).

Esta formulación de los tipos de relaciones interraciales tiene la ventaja de que las conecta con el resto de la estructura social. Además, este enfoque puede servir sincrónicamente para comparar sociedades, y en un enfoque diacrónico, para estudiar la evolución de una sociedad en su tipo de relaciones interraciales y la evolución estructural que lleva implícita.

A continuación, y antes de pasar al estudio de cuatro sociedades, presenta dos conceptos que son elementales en su tratamiento del tema: *pluralismo* y *conflicto*.

Aclara desde un principio que no se refiere a "pluralismo" en el sentido clásico que ha sido entendido por teóricos y políticos americanos. Habla de sociedades pluralistas cuando "están segmentadas en grupos sociales que con frecuencia, aunque no necesariamente, poseen diferentes culturas o subculturas, y cuando su estructura social está dividida en conjuntos de instituciones análogos, paralelos, no complementarios, pero fácilmente distinguibles". (p. 66)

En este tipo de sociedad se da el sistema interracial competitivo. Algunas de las características de una sociedad pluralista son las siguientes: a) relativa ausencia de consenso en los valores; b) relativa presencia de conflictos entre los grupos sociales de significación; c) dominio político de unos por los otros; d) predominio de los nexos secundarios (no afectivos, específicos, etcétera) entre los grupos, y nexos primarios (afectivos, difusos, etcétera), dentro de los grupos; e) relativa autonomía entre las partes del sistema social; etcétera.

Dentro del concepto pluralismo divide el *pluralismo social* del *pluralismo cultural*. Aunque generalmente van acompañados, puede darse el caso de que no exista pluralismo cultural mientras se haga persistir el pluralismo social (el ejemplo clásico es los Estados Unidos en donde los grupos de color son homogéneos culturalmente con el resto de la población).

El otro concepto que hace intervenir es el de *conflicto*. Considera que la dimensión del "conflicto", contra la clásicamente aceptada de "consenso", debe ser básica tanto en el análisis sociológico general como en el estudio de las relaciones interraciales, en particular.

Trasladando el conflicto a sus esquemas de relaciones interraciales, dice que es precisamente el "grado de conflicto" en lo que difiere el tipo paternalista del competitivo. Al mismo tiempo, el cambio y la inestabilidad que se dan en el tipo competitivo, son resultado "de la dialéctica del conflicto entre los grupos subordinado y dominante".

Para aplicar sus conceptos, escoge cuatro sociedades que evolucionaron debido a la expansión europea, las cuales cubren la gama de importancia atribuida a la raza, desde la mínima (caso de México), hasta la máxima (Sudáfrica).

En relación a México afirma que, como en el resto de América Hispana, quedan imperceptibles trazas del virus racista, sobre todo porque los españoles no fueron racistas en sí, sino más bien etnocéntricos. Su superioridad consistía, para ellos, en la superioridad de su cultura.

En México, a partir de la llegada de los españoles la población indígena fue gradualmente reduciéndose, mientras la proporción de mestizos subía, a tal punto que en la actualidad la mexicana se considera una sociedad de 85% de mestizos. Afirma que en México, de unas relaciones interraciales de tipo paternalista, se evolucionó a un sistema no racial donde los factores de estratificación son diferentes a la raza, sin haber pasado por una fase competitiva de relaciones interraciales. Existen sin embargo, aclara el autor, ciertas formas de racismo paternalista en algunas regiones del país, como por ejemplo las mesetas de Chiapas, de parte de los ladinos. En otro nivel, ciertas características fenotípicas pueden asociarse con la posición económica; por ejemplo, los individuos de apariencia europea están representados mayormente en las clases superior y media, mientras que mestizos se encuentran en todos los estratos.

En Brasil, tras una explicación del surgimiento de racismo y la evolución de la población (blancos, indígenas y negros con diferentes corrientes migratorias), afirma que en el siglo xx este país se ha apartado del viejo modelo paternalista, entrando de lleno en el modelo competitivo (aunque continúan existiendo relaciones paternalistas residuales).

En el tercer nivel sitúa a los Estados Unidos. Encuentra en la historia de este país una larga tradición de etnocentrismo y racismo. El negro siempre había sido definido como subhumano y carente de todo derecho. Los derechos que proponía la revolución norteamericana, eran exclusivamente para los blancos. Una revelación sorpresiva es el hecho de que la propia Guerra Civil no tuvo como fin principal la abolición de la esclavitud. Cita que el propio Lincoln, en 1858, se ofendía de ser acusado de "abolucionista" (lo que se consideraba como un radicalismo exagerado similar al caso más reciente del "comunismo"), y en los debates Lincoln-Douglas aducía: "No estoy ni he estado nunca en favor de establecer en manera alguna la igualdad social y política de las razas blanca y negra... además diré que existe una diferencia física entre las razas blanca y negra que impedirá que ambas razas vivan juntas en igualdad social y política" (p. 127). El "abolucionismo" fue sólo una estrategia ideada posteriormente para justificar intereses de otro tipo en la Guerra Civil. En todo este tiempo, las relaciones raciales eran de tipo paternalista (véanse ejemplos en la literatura como: *El tío Tom*, etcétera).

Como consecuencia de los cambios profundos que afectaron al país, éste pasó en los años posteriores a la Guerra Civil a un tipo competitivo de relaciones interraciales con todo lo que esto implica.

La segregación continuó en forma aguda hasta los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. En la actualidad el problema es mayor, ya que no sólo se trata de una integración a la mayoría, sino que los grupos dominados han empezado a desarrollar conciencia y orgullo de grupo, creando nuevos tipos de conflictos, aunados a los ya creados por la

mejoración de su situación y la llamada "revolución de esperanzas crecientes".

El autor considera que el racismo no es la causa subyacente de la mayoría de males de la sociedad norteamericana contemporánea, como lo consideran los "liberales", sino que es tan sólo un síntoma, y bastante superficial, de problemas más extendidos y básicos (problemas estructurales).

Finalmente analiza la sociedad sudafricana, donde el racismo es un modo de vida, y la raza es la base de la compleja y rígida estratificación, a la vez que el foco de mayores conflictos y contradicciones internas.

Una vez realizado el análisis de las formas de interrelaciones raciales en esas cuatro sociedades, su génesis, evolución y relación con factores de tipo estructural, el autor procede a una tarea de tipo analítico pretendiendo agrupar, de acuerdo a diferentes aspectos, las diferencias y similitudes que se dan en esas cuatro sociedades.

El primer aspecto que sirve para compararlas es la conquista; concluyendo que las cuatro sociedades son producto de un solo conjunto de fenómenos históricos: la expansión colonial de Europa en el siglo xv; otro factor de análisis es el grado de pluralismo cultural y social, como los hemos definido anteriormente. En cuanto al pluralismo cultural, el que menos acentuado lo tiene es Estados Unidos (todos los inmigrantes, inclusive los negros dominados adoptaron la cultura predominante), y en el otro extremo Sudáfrica. En cuanto al pluralismo social, Sudáfrica ocuparía el primer puesto seguida por Estados Unidos, Brasil y al final México. Otro factor, origen de diferencias y similitudes entre estas sociedades, es la religión dominante, ya que por ejemplo, mientras que el catolicismo adoptaba una política proselitista con los subordinados y de alguna forma los protegía, el protestantismo, al contrario, tomó un exclusivista y elitista concepto de salvación, dejando su "verdadera fe" como privilegio de la casta superior. Otros aspectos que sirven para elaborar comparaciones son los siguientes:

a. El nivel indígena de organización social (previo a la llegada de los conquistadores); b. El grado y tipo de mezcla de razas; c. La extensión de la esclavitud; d. La base económica del país; e. Variantes demográficas (concentración, o no, espacial de los subordinados); f. Actitudes políticas del grupo dominante; etcétera. (El autor analiza 11 factores y además algunas generalizaciones donde encuentra similitudes y diferencias).

Es importante anotar que tanto las similitudes como las diferencias en los diferentes factores de las sociedades son perfectamente explicadas y varias de ellas son explicadas a través del mismo modelo propuesto y refinado en el último capítulo: "Pluralismo Social y Cultural". En éste analiza las relaciones que se dan entre estos dos tipos de pluralismo. Hace más explícita la diferencia existente entre su concepto de pluralismo y el concepto tradicional del mismo, en el cual se sostiene la existencia de organizaciones autónomas y grupos que representan esferas de actividades diferentes que compiten entre sí por el dominio político. Se asocia así el pluralismo con la democracia, y van implícitas en esa posición las ideas de equilibrio y consenso. Para el autor, su concepto de "pluralismo" es independiente de "democracia" o "totalitarismo". Así por ejemplo, mientras Suiza, pluralista, es bastante demo-

crática, en Sudáfrica, también pluralista, se llega a un régimen totalmente antidemocrático y racista.

Al final de su análisis del pluralismo, y la relación que encuentra entre los diversos grados de pluralismo y el tipo paternalista y competitivo, propone ciertas condiciones para el estudio de las relaciones interraciales, para superar la etapa actual. Resumidas son las siguientes:

a) Los científicos que se dediquen al estudio de éstas deben dejar de lado su quimérica pretensión de "absoluta objetividad", ya que de hecho siempre actúan como ideólogos al tratar de aplicar sus conocimientos a situaciones prácticas; b) La raza debe ser considerada como una realidad tanto subjetiva como social; c) Las relaciones interraciales deben estudiarse de una manera integracionista y macrosociológica. Deben ser analizadas en el contexto de las sociedades totales; d) Deben estudiarse estas relaciones no en forma estática, sino con una perspectiva temporo-espacial, a través de todas las culturas y a través de todos los tiempos.

El autor termina su libro diciendo que la perspectiva de una *macrosociología histórico-comparativa* debe aplicarse al estudio de todos los fenómenos, no sólo a las relaciones interraciales, y sin concretarse al uso y abuso de los minúsculos y fragmentarios métodos cuantitativos y experimentales (aunque deben también utilizarse). Sólo así avanzará la sociología.

Miguel Abruch Linder

WOLFGANG, Marvin E. y FERRACUTTI, Franco. *La subcultura de la violencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

En el marco de las investigaciones criminológicas, este libro presenta características peculiares, en la medida en que incorpora nuevos enfoques interdisciplinarios integrados, e intenta analizar la violencia individual desde los ángulos biológico, neurológico, psiquiátrico, psicológico y sociológico. Esta perspectiva nueva integra, con buen resultado, las investigaciones especializadas del área, reuniendo los datos empíricos recolectados independientemente, e interpretándolos en su expresión más amplia.

Para alcanzar el objetivo propuesto, los autores dedican un primer capítulo a la discusión de los problemas que supone una integración científica de la violencia, conformada lógicamente, desde la mera recolección de datos hasta la formación de un marco conceptual que permita la máxima asimilación y compaginabilidad de los procesos psicosociales. Como antecedente metodológico señalan los requisitos de una adecuada conjunción de puntos de referencia, tomando como base cuatro etapas fundamentales, a saber:

- a) Desde el punto de vista a investigar;
- b) Desde el punto de vista de la línea teórica a seguir;
- c) Desde el punto de vista de los metodológicos;
- d) Desde el punto de vista del trabajo en equipo.

El segundo capítulo es una discusión muy bien documentada acerca de la criminología y sus distintas alternativas teó-